

que puede para reforzar los lazos y engrandecer los ideales del matrimonio. Si las noticias no son completamente falsas, la vida doméstica del Príncipe Imperial haría honor á cualquiera familia cristiana, aunque nunca ha estado sometido á influencias cristianas; pero la costumbre inmemorial, especialmente en la familia imperial, es en absoluto opuesta á aquella continencia.

»El hecho es que, si los japoneses se asimilan las virtudes occidentales sin perder las suyas propias, podrán elevar su carácter individual y nacional, y también las relaciones internacionales, á un nivel más alto que el que han alcanzado, y menos incompatible con los fundamentales principios del cristianismo; pero no han llegado todavía á ese nivel; y si en su actual estado el entusiasmo inglés atribuye á los japoneses virtudes de que carecen, el día de la desilusión puede tener consecuencias desfavorables para la eficacia y continuación de la alianza que promete ser la mejor garantía de la paz y el progreso del mundo».

RESUMEN DE LA GUERRA

III

Operaciones navales

Era, y aun sigue siendo, opinión generalmente admitida por las personas no versadas en la guerra naval, que la influencia de las tripulaciones en los combates tendía á disminuir á medida que aumentaba la potencia ofensiva y defensiva de los barcos. Verdaderas fortalezas flotantes los modernos acorazados, en los que casi todas las operaciones se efectúan mecánicamente, parecían que las evoluciones y maniobras llevadas á cabo durante la batalla,—maniobras á las que debieron su gloria los más renombrados almirantes—no tendrían ya razón de ser, y que la victoria sería sencillamente resultado del número de las unidades y de la potencia de cada una de ellas.

Sin remontarnos á campañas famosas, pero ya antiguas; limitándonos á las modernas guerras, la de secesión americana, la austro-italiana y la chileno-peruana, demostraron que la intervención personal de los tripulantes, fuera cualquiera la composición

de la escuadra, seguía siendo el primer elemento de la derrota ó el triunfo. Tanto en el ejército como en la marina es imposible sustraerse á la ley de que las armas y los barcos se han hecho para los hombres, y no éstos para aquellos; por perfectos que sean los instrumentos de guerra, su bondad y su eficacia dependen de quien los maneja.

Estas verdades han resplandecido una vez más, con extraordinario fulgor, en la reciente guerra ruso-japonesa.

Podrá atribuirse el origen de los desastres rusos á las faltas ó á las torpezas de tales ó cuales almirantes y á la situación especial del teatro de la guerra. Sin negar importancia á estas concausas, la matriz de todas ellas no es otra que la diversidad del carácter y del espíritu nacional de los dos pueblos beligerantes.

Rusia es un vasto imperio continental, con una reducida extensión de costas, bañadas casi en su totalidad por mares interiores y, como tales, tranquilos. La expansión rusa se ha ejercido siempre por tierra, y desde los tiempos más remotos hasta los presentes, la marina no ha sido para Rusia una verdadera necesidad, sino un elemento de guerra impuesto por la moda y por el deseo de ocupar un rango preeminente entre las grandes Potencias. El carácter ruso, muy dado al terruño, es poco propenso á aventuras y carece de aficiones náuticas; de suerte que la marina no representa, ni pálidamente siquiera, el espíritu nacional. Considerada como artículo de lujo, suelen ingresar en la Armada jóvenes de grandes familias, á los que no se exigen severas pruebas ni conocimientos profundos. Apartados por completo de las tripulaciones, su cuna y su patriotismo les mueve á dar relevantes pruebas de su valor personal, pero su capacidad científica es, por regla general, rudimentaria, y más rudimentaria todavía su práctica profesional, reducida á navegaciones á lo largo de las costas, sin apenas un viaje de altura, y á brevísimos ejercicios anuales de artillería. En principio, la marina es una cosa exótica para Rusia, lo mismo que lo es para el otro gigantesco imperio continental: la China.

El territorio japonés es un archipiélago, con la particularidad de que la forma de casi todas las islas que lo componen—larga y estrecha, ó muy festoneada—da un desarro-

llo enorme á sus costas. Como sucede en todos los pueblos insulares, los japoneses son principalmente marinos y pescadores, y la marina mercante, de la que se deriva y en la que encuentra su eficacia la de guerra, ha sido siempre la primera necesidad nacional del Japón. Quizás se arguya que á pesar de su condición insular el Japón ha demostrado poseer un excelente ejército de tierra; pero á esto objetaremos que el ejército ha encontrado principalmente su fuerza

nificación: el Japón evoluciona y conserva aun reminiscencias del feudalismo y de la división en clases, circunstancias favorables al espíritu militar; cuando la civilización haya llegado á las últimas capas sociales de aquel pueblo, ese espíritu militar se irá desvaneciendo y se repetirá el caso de Inglaterra; el Japón no se distinguirá por la excelencia de sus tropas, pero, en compensación, mientras las islas que forman el Imperio emerjan de las olas, continuará



El general Zarubaieff probando el rancho confeccionado en una cocina de campaña

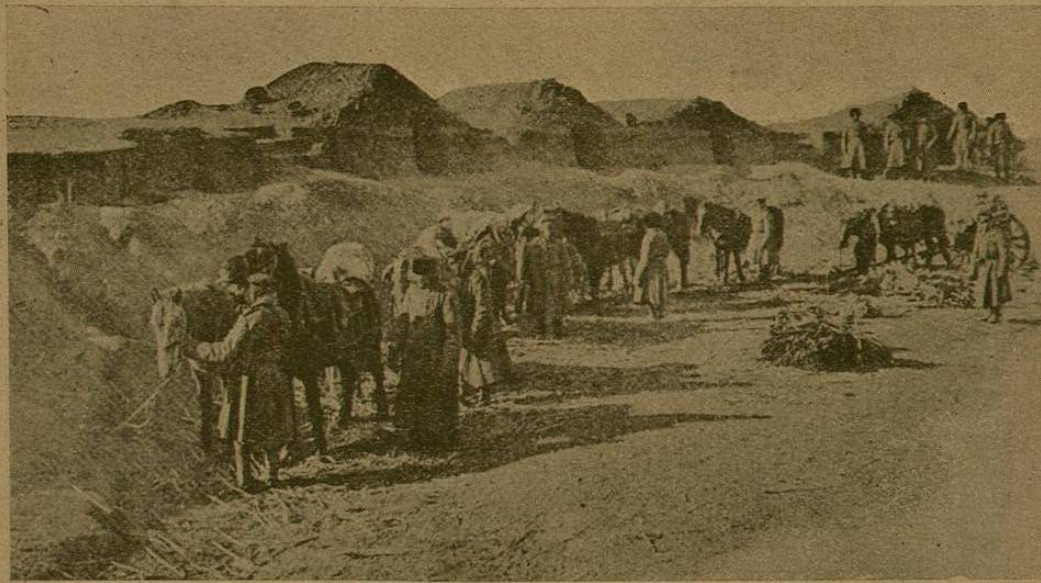
principal en el auxilio directo ó indirecto que le ha prestado la marina, hasta tal punto que si los rusos hubiesen gozado de las ventajas de los japoneses, en cuanto á situación del teatro de operaciones, bases, y líneas de comunicación, y hubieran podido moverse con la amplitud y libertad de sus adversarios, la guerra tomara desde el primer momento un sesgo muy diferente: así lo han reconocido los mismos aliados de los japoneses, los escritores británicos. Además, en el curso de los siglos lo que acaba de acontecer es un incidente de escasa sig-

siendo un pueblo de marinos, y su escuadra, en cuanto á idoneidad y pericia profesional, competirá con las mejores.

Esa diferencia entre las aptitudes y el espíritu nacional de los dos pueblos combatientes, agravada por el hecho de pelear los japoneses junto á sus costas, y á muchos miles de leguas de las suyas, y sin base, los rusos, basta para explicar cumplidamente el curso que han tenido las operaciones navales.

*
*
*

Confiados siempre los rusos en sus fuerzas, no solamente no las prepararon y dispusieron para el combate, sino que creyeron firmemente que el Japón no osaría disparar el primer tiro, sino que esperaría la acometida del adversario. Engañados, además, respecto de las fuerzas japonesas, lo mismo que de las fuerzas y recursos propios, en los días que precedieron a la ruptura de las hostilidades el virey Alexeieff adoptó las disposiciones que consideró oportunas para realizar una demostración naval ante uno de los puertos japoneses, ocupar la parte meridional de Corea, ó bien atacar vigorosamente á la escuadra de Togo, según



Las cargas de la 1.^a brigada de artillería siberiana, en marcha

cual fuera la actitud que adoptase el gobierno del Mikado; ajustándose al plan de Alexeieff, el almirante Stark—jefe de las fuerzas navales rusas en el Extremo Oriente—distribuyó sus barcos en tres grupos, concentrando el principal en Port-Arthur y destinándolo á dar el golpe más importante; y dejando algunos cruceros de gran marcha en Chemulpo y Vladivostok, para que limpiasen de barcos enemigos, si llegaba el caso, el mar del Japón.

Pero el viejo adagio castellano «el que da primero da dos veces», es conocido y aplicado desde que apareció el primer guerrero sobre la haz de la tierra; y siguiéndolo puntualmente los japoneses, Togo cayó con sus destroyers sobre los desprevenidos barcos

de Port-Arthur, y además de inutilizar temporalmente algunos de ellos, consiguió desmoralizar las tripulaciones moscovitas, las cuales desde aquella ocasión cobraron un invencible terror á los torpedos.

Empezó la guerra de un modo más ó menos correcto, con verdadera perfidia, si se quiere, pero lo cierto fué que desde el primer momento conquistaron los japoneses la supremacía marítima, dejando aislados á los cruceros de Vladivostok, echando á pique los dos barcos rusos fondeados en la rada de Chemulpo, y poniendo en condiciones de inferioridad á los de Port-Arthur.

En el ataque del 8 de Febrero no desple-

garon los japoneses grande audacia ni realizaron prodigios de valor. Si en lugar de los destroyers, apoyados á lo lejos por los acorazados y cruceros, hubiese entrado en acción el grueso de la escuadra de Togo, seguramente una parte, acaso la mayor, de la flota rusa desapareciera bajo el mar. Pero ¿á qué precio hubieran logrado los japoneses esta victoria, reñida forzosamente á corta distancia? La previsión japonesa, esa previsión nunca bastante alabada y que si hubiese ido acompañada de la rapidez de concepción coloca á los caudillos nippones entre las grandes figuras militares de la historia, apareció ya en Port-Arthur. Leyendo en el porvenir, los japoneses advirtieron que Rusia enviaría nuevas escuadras á los ma-

res del Oriente, y trataron de conservar ante todo los barcos de combate, no arriesgándolos en un empeño formal sino cuando lo demandaran los intereses, puestos en peligro, de la patria.

Así, vemos en todas las operaciones navales del sitio de Port-Arthur una prudencia extremada; cañoneos lejanos, invitaciones al combate, pero siempre fueron los destroyers y torpederos quienes procuraron mantenerse en contacto con el enemigo. Ciñéronse las unidades importantes á cooperar desde lejos, y aun esta cooperación fué insignificante desde aquel funesto día en que el Ja-

empleaba su fuerza en donde era menester, y no reparaba en desempeñar los más insignificantes cometidos, ni en quedar relegada á un lugar obscuro y secundario, con tal de que su intervención fuese provechosa al bien común: lección admirable, digna de ser imitada lo mismo en Oriente que en Occidente.

Sobrecogido el ánimo de los marinos rusos desde la noche del 8 de Febrero, apenas se atrevieron á salir del radio eficazmente batido por los cañones de la plaza; los destroyers se alejaron un poco más, pero pronto se vió que en número, destreza y



Observatorio de una batería de montaña

pón perdió dos acorazados y un crucero.

Las escuadrillas de pequeños barcos japoneses no se limitaron á mantener en constante zozobra á la escuadra enemiga y causarle averías más ó menos importantes; tomaron parte en la batalla del Yalú, limpiaron las costas de Liao-Tung, y cañonearon la izquierda rusa, el día de la batalla de Kin-chau, consiguiendo por su intervención que la división Fok depusiera su obstinada resistencia y se replegara á Port-Arthur. De esta suerte, mientras la marina rusa suscitaba cuestiones de competencia y alardeaba de no depender más que del virrey, la escuadra japonesa prescindía de toda mira exclusivista, y atenta solo al patriotismo,

osadia les aventajaban los enemigos. La llegada del almirante Makaroff infundió aliento en las desmoralizadas tripulaciones, y la energía y entereza de aquel jefe pareció que iban á sacar la escuadra de Port-Arthur de la poco airosa situación en que se había colocado. Pero la catástrofe del *Petropavlovsk* desvaneció las esperanzas de los rusos, y selló la suerte de la escuadra.

Asumió Vitgeft el mando, y su táctica se redujo á entrar y salir de la rada. Cuando los dos acorazados japoneses se fueron á pique, á consecuencia de la explosión de torpedos de bloqueo, se presentó á los rusos una magnífica ocasión para huir á Vladivostok; desprecióla Vitgeft, y de nuevo la despreció

el 23 de Junio, en que toda la flota, fuera del puerto, se mantuvo inactiva durante veinticuatro horas, paralizada por la resuelta actitud de los torpederos y pocos cruceros de que á la sazón podía disponer Togo.

Apremiado por las órdenes urgentes expedidas desde San Petersburgo, Vitgeft resolvió finalmente abandonar Port-Arthur; más, como suele acontecer con todos los espíritus débiles, sus eternas vacilaciones y sus sobresaltos y temores fueron reemplazados de pronto por una resolución que, en las circunstancias en que fué adoptada, debe



Japonés prisionero

llamarse mejor obstinación ó terquedad. Señalada la partida para el 10 de Agosto, el día antes dos de los barcos, alcanzados por los proyectiles del sitiador, sufrieron averías, que, sino importantes, afectaron á las cualidades maniobreras y de navegación; el *Retvisan* tenía en las bodegas 500 metros cúbicos de agua, y por consiguiente no estaba en condiciones para tomar parte en una batalla. Dos ó tres días hubieron bastado para reparar las averías, y desalojar el agua embarcada en el *Retvisan*, pero el almirante no quiso dar oído á las peticiones de los capitanes, y la escuadra se hizo á la mar.

No hay para qué repetir la descripción de la batalla del 10 de Agosto. Tácticamente

resultó indecisa, y aún faltó poco para que la flota de Togo se batiese en retirada, pero no contando los rusos con otro puerto de refugio que Port-Arthur, todos los barcos que pudieron forzar el paso arribaron á puertos neutrales—salvo el *Bogatyr*, echado á pique por los japoneses en Sajalin—y quedaron privados de tomar parte en las demás operaciones de la guerra, de suerte que la escuadra de Port-Arthur quedó reducida á poco más de la mitad de su fuerza primitiva.

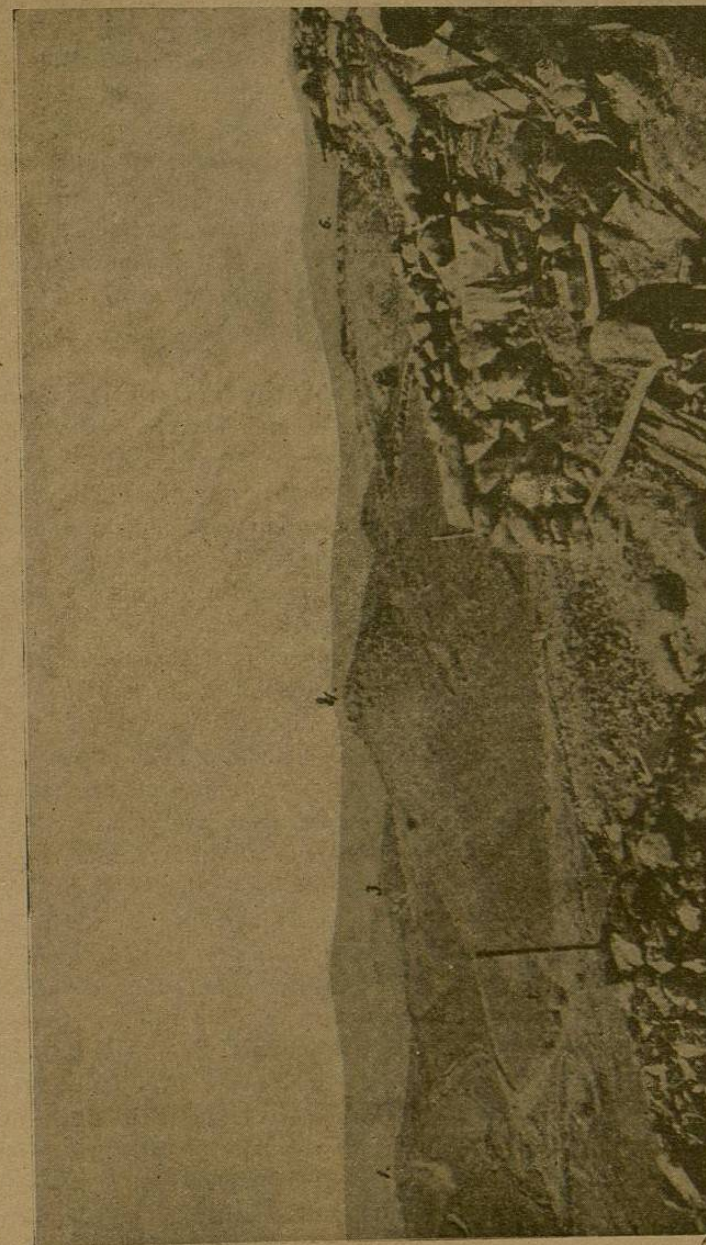
Inspiradas todas las operaciones de Togo en una idea esencialmente conservadora,

la misma idea presidió en el curso que dió á la batalla. No quiso, ó si lo quiso no lo logró, empeñar todas las unidades en un duelo á muerte; y cuando muerto Vitgeft se dispersó la flota rusa, alejóse Togo sin tratar de perseguirla; su objeto estaba conseguido, sino por los cañones de sus barcos, por la disposición del teatro de operaciones marítimo, y ni siquiera aceptó el reto que á la desesperada llevó á efecto el *Retvisan*.

Desde entonces la misión de Togo fué fácil y sencilla; unos después de otros, sus barcos limpiaron los fondos, repararon las averías y recobraron sus cualidades maríneas. Entre tanto, los marinos rusos de Port-Arthur contribuían á que se fueran agotando las provisiones de la plaza, sin

que trataran de efectuar una nueva salida, ni de cañonear á los barcos enemigos que cruzaban delante del puerto. Algunos capitanes desembarcaron las tripulaciones y las enviaron á las trincheras, y desmontaron los cañones ligeros y de calibres medios

en la resistencia de la guarnición, decidió anegar los acorazados y cruceros, de suerte que cuando los japoneses ocuparon la Montaña Alta la escuadra rusa había sido ya destruida por sus propios tripulantes. Solo el *Sevastopol* se mantuvo á flote y se per-



Parte del reñte de Port-Arthur

1, Batería del Túmulo.—2, Blindaje principal del frente.—3, Reducto número 3.—4, Montaña Rocosa.—5, Muro chino.—6, Fuerte número III

para reforzar con ellos las defensas terrestres; otros, continuaron aferrados á la idea de salvar sus barcos, y presenciaron como espectadores las fases porque iba pasando el sitio. Cuando Nogi ocupó casi todo el terreno exterior, el almirante Utomsky, que hacia tiempo había desistido de salir del puerto, cifrando la salvación de los barcos

dió luchando contra el enemigo, cuatro de cuyos torpederos echó á pique. Desacertados desde el primer momento, estuvieron también los marinos al anegar sus barcos, porque en vez de destruirlos por completo, labor fácil, se limitaron á inutilizar las torres y obras muertas, pero no los cascos, imaginando acaso que Kuropatkin recon-

quistaría la plaza de Port-Arthur.

La historia del sitio, en lo que á la marina rusa se refiere es, salvo excepciones honrosas, una página tristísima y llena de vergüenzas. Bajo el fuego de los cañones enemigos se batieron los rusos con el proverbial valor de los súbditos del Tsar; pero en el curso general de las operaciones su conducta fué tímida y merecedora acaso de un calificativo más denigrante.

En este periodo de la guerra, Togo no tuvo que vencer grandes dificultades, y apenas tropezó con otros obstáculos que los de los temporales que azotan aquellos mares. Su conducta, en extremo prudente y sagaz, tendió á conservar sus barcos, adivinando probablemente que la tarea de destruir la escuadra de Port-Arthur correría á cargo de los marinos rusos, víctimas tanto de sus desaciertos como de la deplorable situación en que estaban colocados.

La división naval de Vladivostok, sin que realizara ninguna proeza, ni ejecutara gloriosos y sorprendentes hechos, se condujo de muy otra manera. Pese á su debilidad y escasa fuerza, salió repetidamente del puerto, navegó junto á las costas orientales y occidentales del Japón, y se adelantó hasta la altura de Tsu-shima. Infringió duros quebrantos al comercio japonés, destruyó dos transportes que conducían tropas á Corea, y puso á Togo en el caso de desprenderse de casi todos sus cruceros protegidos. Sorprendida el 14 de Agosto, no lejos del lugar donde más adelante Rojestvensky sufriría una derrota sin precedentes, quedó reducida á dos cruceros é impotente para emprender en lo sucesivo ninguna operación de importancia.

Desde Octubre de 1904, la marina japonesa no tuvo otra misión que la de prepararse y adoptar las medidas oportunas para recibir á la segunda y tercera escuadra del Pacífico; y se aplicó á esta tarea con la paciencia y el método proverbiales de los pueblos orientales.

No hay para qué recordar el largo viaje de Rojestvensky, ni el término que tuvo en la batalla del Mar del Japón. Presentes están en la memoria de todos y en ellos nos ocupamos extensamente á su debido tiempo. Lo que pareció maravilloso y extraordinario á raíz del desastre, tuvo luego natural y lógica explicación, y, aunque Rojestvensky cometió errores y desaciertos, no es po-

sible, sin notoria injusticia, negarle condiciones de mando, ni colocarlo al bajo nivel que se pusieron los almirantes de Port-Arthur.

Pero no puede pasarse en silencio, aunque lo digamos ya en otra ocasión, que la conducta reservada y prudente de Togo desapareció súbitamente, y que cuando la llegada de los barcos de Rojestvensky á los mares de la China amenazó esterilizar todas las ventajas obtenidas por los japoneses y puso en serio peligro al Japón, Togo no titubeó en empeñar en un combate á muerte todas sus unidades, y peleó con tanta habilidad como bravura, demostrando que era un caudillo prudente en el consejo y resuelto en la ejecución.

**

Apenas se encuentran detalles dignos de alabanza en el largo y deplorable proceso de las operaciones de la marina rusa; pero tampoco participamos de la creencia de que la marina japonesa ha cumplido una obra sin precedentes, y cuya gloria eclipsa la de otras memorables guerras navales. Han brillado más los almirantes que los generales japoneses, como suele suceder en todos los pueblos insulares; no hay que ocultar, sin embargo, que la misión de aquellos fué bastante más fácil que la de los segundos.

Pocas veces una escuadra ha tenido que batirse en tan desventajosas condiciones y en situación tan desfavorable como las que rodearon á las de Port-Arthur y Vladivostok; y nunca una flota ha afrontado los peligros ni se ha propuesto un objetivo de tan difícil consecución como el intentado por Rojestvensky. En oposición á esto, los japoneses se mantenían en sus propios mares, junto á sus costas. Para llegar á una conclusión acertada, sería menester trocar los papeles y estudiar las proezas de que fueran capaces los japoneses si el Báltico hubiera sido el teatro marítimo, y el Japón poseyera uno ó dos puertos en el mar del Norte.

No regateemos nuestros plácemes á la marina vencedora; pero, pesando y teniendo en cuenta todas las circunstancias, no debemos ensañarnos con la marina vencida, aunque sin dejar de reconocer sus desaciertos y sus equivocaciones.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

20 Octubre, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El Japón y las cargas de la guerra, por L.—El fin de una comedia, por el Capitán Subrió Escápula.—La marina de guerra de Chile, por J. B. L.—El teniente V. T. Mijailoff, por P. Krasnoff.—Las tropas rusas de reserva.—Curiosa creencia de los japoneses.—En honor de Kondratenko.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Sección de exploradores de la 2.ª brigada de artillería de la Siberia Oriental

EL JAPÓN Y LAS CARGAS DE LA GUERRA

El conde Okuma, en un discurso pronunciado en la Asamblea de las Cámaras de Comercio del Japón, dijo que cuando haya concluido la retirada de las tropas del teatro de la guerra, la deuda del Imperio ascenderá á 2.500 millones de yens (1). Los intereses de esta deuda ascienden á 150 millones de yens, ó sea, aproximadamente, casi el doble de los ingresos japoneses hace diez años. Los impuestos antes de la guerra eran de 4 yens por cabeza, y ahora serán de 12 yens. Antes de la guerra, la deuda nacional equivalía á 12 yens por cabeza, y ahora ascenderá á 50 yens. Sin embargo, el

conde Okuma cree que si todos redoblan sus energías en el desarrollo de la producción, el Japón podrá hacer frente á esas cargas económicas tan crecidas.

Estas declaraciones, hechas por un personaje de primera fila, que más ó menos pronto dirigirá el Gobierno del país, han producido pésima impresión en Inglaterra, por estar casi toda la deuda exterior del Japón en manos de súbditos británicos.

Para desvanecer este mal efecto, Takahashi, agente financiero del Gobierno japonés en Londres, se ha apresurado á rectificar los datos consignados por el conde Okuma, y ha dicho que la deuda exterior asciende, en el presente momento, á 920 millones de yens, y la interior á 1.000 millones, ó sea en junto 1.920 millones de yens,

(1) Un yen equivale, á la par, á 2.50 pesetas.